

CYNTHIA RADDING. *BOUNTIFUL DESERTS.
SUSTAINING INDIGENOUS WORLDS IN
NORTHERN NEW SPAIN.* TUCSON: THE
UNIVERSITY OF ARIZONA PRESS, 2022, 368 PP.
ISBN-13: 978-0-8165-2989-6

José Marcos Medina Bustos

Centro de Estudios Históricos de Región y Frontera
El Colegio de Sonora



En este libro, Cynthia Radding profundiza en temáticas que la autora ha venido trabajando desde hace décadas: la relación entre el hombre y la naturaleza en zonas de frontera iberoamericanas, especialmente en el noroeste novohispano.¹ Su perspectiva de estudio es de larga duración, pues parte desde la llegada de los primeros grupos humanos a estos territorios hasta la primera mitad del siglo XIX. En publicaciones anteriores sobre el noroeste novohispano, Radding centró su atención en los indígenas denominados genéricamente por los misioneros como “sonoras”, esto es: pimas (*akimel o’odham*), ópatas

¹ Algunos de sus libros en idioma español donde se aprecia esta continuidad son: *Entre el desierto y la sierra. Las naciones O’odham y Tegüima de Sonora, 1530-1840.* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social e Instituto Nacional Indigenista, 1995); *Paisajes de poder e identidad: fronteras imperiales en el desierto de Sonora y Bosques de la Amazonía.* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco-El Colegio de Sonora, 2008); *Pueblos de frontera. Coloniaje, grupos étnicos y fronteras ecológicas en el noroeste de México, 1700-1850.* (México: El Colegio de Sonora-Instituto Sonorense de Cultura-Universidad de Sonora-The University of North Carolina at Chapel Hill, 2015).

(*tegüimas*) y eudeves, los cuales ocuparon la mayor parte del territorio del actual estado de Sonora y la provincia colonial del mismo nombre. En cambio, en el libro *Bountiful Deserts*, la investigación se centró en los indígenas de lengua cahíta, básicamente mayos (*yoreme*) y yaquis (*yoeme*), y en el espacio que han ocupado desde tiempos inmemoriales: el sur del estado de Sonora y el norte del estado de Sinaloa, el cual, en el período colonial, correspondía a las provincias de Ostimuri y Sinaloa.

En sus obras previas, Radding mostró interés en recuperar la visión indígena sobre el espacio, pero enfrentó el problema de tener que hacerlo a través de los escritos de misioneros o autoridades españolas, ya que los grupos indígenas que estudiaba habían desaparecido como tales. En cambio, para el libro que nos ocupa, dado que trata de sociedades indígenas vivas y actuantes, pudo recuperar directamente las voces de ancianos *yoemen* y *yoremen*, tanto en impresos como en entrevistas personales, lo que le permitió profundizar en su visión del mundo. De manera similar, el interés de Cynthia en la naturaleza y los seres humanos también lo encontramos en libros anteriores, pero en *Bontiful Deserts*, se desarrolla mucho más, ya estudia a profundidad ciertas plantas del desierto y revalora el amplio conocimiento indígena sobre las propiedades de estas, lo que les permitió utilizarlas como alimento, material de construcción o medicina. También documenta con amplitud el proceso de apropiación del conocimiento indígena por la ciencia europea, un tema novedoso y de mucha actualidad que explora la relación entre los saberes tradicionales y los saberes de la ciencia.

La especial relación de Cynthia Radding con el paisaje rural quedó manifiesta en un párrafo del prefacio que escribió para el libro *Paisajes de poder e identidad*:

Mi infancia transcurrió en el clima templado de Nueva Inglaterra y del centro occidental de los Estados Unidos de América. Allí adquirí el sentido de la belleza natural y la seguridad cíclica de

permanencia a través de los cambios de contrastes estacionales del calor y el frío, de la floración y de la descomposición [...]. Los antecedentes agrícolas de mi familia me apegaban sentimental e intelectualmente a los paisajes rurales en una especie de retorno para visitar el “país de Dios”, como se refería mi bisabuela materna a las tierras cultivadas del sur de Pensilvania. La aridez e intensa luz solar del desierto de Sonora, donde el país de Dios muestra matices y proporciones de visible contraste con los paisajes de mi juventud, me enseñaron a considerarlo geográficamente como una poderosa fuerza esencial para la formación de la cultura y las sociedades humanas.²

Radding es una historiadora consolidada, lo cual se manifiesta en la fina reconstrucción que hace del espacio estudiado, utilizando una enorme cantidad de fuentes primarias y secundarias, pero su visión del pasado se enriquece con las aportaciones de otras disciplinas como la geografía cultural, la antropología y la arqueología. También es de resaltar el conocimiento mostrado con respecto a las plantas de la región, tanto en su dimensión botánica como histórica. Con esta perspectiva interdisciplinar logró su objetivo de hacer una historia ambiental desde abajo, así como una etnohistoria. Algunos de sus conceptos centrales son: espacio, paisaje y territorio, los cuales complejiza con otros conceptos derivados como el de espacio construido, o los retomados de la cosmovisión *yoeme* y *yoreme*, tales como el mundo natural o *Huya ania*, y “nuestro mundo” o *Itom ania*, entre otros.

La estructura del libro contempla un útil preámbulo que permite conocer las intenciones de la autora y su red de relaciones, seguido de una introducción que sintetiza el contenido del libro. La primera parte comprende tres capítulos. En ellos reconstruye la historia ambiental desde tiempos remotos y analiza la relación entre las actividades de recolección y de

² RADDING, *Paisajes*, 11-12.

cultivo, destacando la importancia del conocimiento sobre diferentes especies de plantas silvestres, algunas de temporada, que eran recolectadas, una experiencia que fue de utilidad para el cultivo del maíz y otros vegetales, cuyo conocimiento llegó a través del corredor comercial y migratorio que los comunicaba con Mesoamérica. También analiza, utilizando la etnografía, la concepción indígena del espacio y de la relación del hombre con la naturaleza. Finalmente, narra los primeros encuentros con los españoles, el pacto colonial establecido a través de las misiones y la construcción del espacio desde el punto de vista de los conquistadores. En una segunda parte, conformada por otros tres capítulos, reconstruye la historia del sistema misionero jesuita como soporte de la expansión evangelizadora y de actividades como la minería y la ganadería. En la narrativa destaca el impacto negativo sobre el medio ambiente que tuvieron tales actividades. También se analiza el proceso de privatización de la tierra en el área *yoreme*, tanto en la sierra como en la llanura, destacando la defensa que hicieron los indígenas del denominado “monte”, considerado por los españoles como terrenos baldíos. El capítulo final de esta segunda parte está dedicado al análisis de la rebelión *yoeme*, *yoreme* y de indígenas fuerteños durante los años de 1739 a 1741, enfatizando la diferente visión de los bienes de las misiones que tenían los misioneros y los *yoemem*, así como la crisis social que generaron las sequías en las misiones.

El libro también incluye un útil glosario, un índice, notas abundantes y una extensa bibliografía. Considero que vale la pena leer este libro, pues se encontrará una versión actualizada de la historia del noroeste de México desde los tiempos más remotos hasta principios del siglo XVIII, centrada en las sociedades indígenas y su relación con el medio ambiente, en especial con las plantas. El libro, publicado en 2022 por la Universidad de Arizona, se puede conseguir en formato impreso y digital. Es de esperar que pronto tengamos una traducción al español.

A continuación, mencionaré algunos aspectos del libro que me llamaron la atención. Es muy interesante el trazo de historia ambiental de miles de años atrás, apoyándose en investigaciones sobre el clima que muestran sus variaciones y su impacto en los ecosistemas y en las sociedades humanas. También utiliza las aportaciones de la arqueología para documentar cómo el cambio climático, que se expresó en aumento de la temperatura y disminución de la humedad, condujo a la extinción de la megafauna y la cultura de los cazadores Clovis. Ante este cambio, las sociedades humanas se adaptaron incrementando la recolección de vegetales e inventando tecnología para procesarlos, tales como los morteros o moledores de piedra, así como la invención del arco y la flecha para la caza de fauna menor. Para la autora, esos miles de años de presencia humana, enfrentando los desafíos climáticos, permitieron la acumulación de experiencia con relación a la flora y la fauna de los ecosistemas conformados en zonas diversas. Esa acumulación de experiencia se expresó en el conocimiento transmitido oralmente de una generación a otra hasta llegar a las sociedades indígenas de la actualidad, las cuales han aprendido a aprovechar las cualidades de las plantas. En el libro se documenta prolijamente la utilización milenaria de vegetales como los agaves, las acacias, los cactus y los quelites. Y plantea que fue precisamente esa sabiduría ancestral la que permitió convertir un medio ambiente hostil, como es el del desierto, en un espacio apto para la vida humana. De ahí el título del libro traducido al español: un desierto generoso. En este mismo sentido, en el libro se replantea la distinción entre sociedades nómadas y sedentarias, las cuales usualmente se asocian a la recolección y a la agricultura, respectivamente. La autora considera que en el noroeste las sociedades indígenas que practicaron la agricultura, también continuaron aprovechando las plantas silvestres, por lo que tal distinción debe ser matizada.

Otro aspecto que me parece digno de destacar es la minuciosa reconstrucción de cómo los españoles recuperaron y se apropiaron de gran parte del conocimiento indígena, el cual fue compendiado en obras que se editaron desde el siglo XVI. Es de particular importancia el libro que se publicó en 1712 titulado *Florilegio Medicinal*, obra del jesuita Juan Steynerffer, en el que se enumeran varias enfermedades y su tratamiento, incluyendo tanto los remedios de la medicina europea como de la herbolaria indígena, así como la advocación divina adecuada al caso. Debo mencionar que este tema está muy bien tratado en el libro. Sin embargo, me pareció que no se abunda lo suficiente sobre la lucha de los misioneros contra los guardianes del conocimiento indígena, los denominados hechiceros, brujos o curanderos, que eran quienes socorrían a los indígenas en sus enfermedades, pero los misioneros los consideraban enviados del demonio, a quienes había de combatir con severos castigos o hasta la muerte. Cabe mencionar que este también es un tema de mucha actualidad, pues estamos en una época en que se discute públicamente la relación entre los saberes comunitarios tradicionales y los científicos.

Otro tema que me entusiasmó, por su perspectiva interdisciplinar, es la relación entre el espacio físico y las sociedades humanas. Cynthia ilustra detalladamente las características físicas del espacio en estudio: su clima y régimen de lluvias, altitud, ríos, costas, y sus respectivas comunidades vegetales y animales. Así, distingue con claridad los ecosistemas costeros, de planicies inundables y la sierra. Si bien tales características físicas influyen en las sociedades, la autora remarca que no hay un determinismo geográfico, porque el mismo ambiente físico se ve modificado por la acción humana y porque los *yoremem* y *yoemen* lo han reconstruido socialmente, al convertirlo en un paisaje cultural, mediante una relación simbólica que va más allá de la meramente utilitaria. Esa dimensión es desmenuzada por la autora apoyándose en las investigaciones etnográficas

ya existentes y en las narraciones de los ancianos. En ellas se advierten elementos simbólicos como el agradecimiento a la naturaleza, la vegetación y los animales por su contribución a la supervivencia de sus comunidades. También muestran al espacio como un elemento de su identidad ligada a la geografía de su lugar de residencia. Otro aspecto, propio de su religiosidad, es atribuir cualidades simbólicas al mundo natural, mencionado en los documentos de archivo como “el monte”, y expresado en la lengua cahita como *Huya ania*, y al mundo habitado o el pueblo, como *Itom ania*. Esta distinción lingüística es interpretada como una forma narrativa que da cuenta de la integración de las rancherías prehispánicas en los pueblos de misión. Cabe mencionar que Cynthia utiliza esas palabras cargadas de significado, expresadas por indígenas contemporáneos, para analizar el lenguaje escrito del siglo XVIII, contenido en los documentos denominados “títulos primordiales de tierras”. En ellos, los *yoremem* defienden al monte como parte indispensable de su existencia ante la visión colonialista que lo considera como terreno baldío que debe ser privatizado. La atención dedicada en el libro a los pueblos *yoremem* es importante porque contribuye a darles una mayor visibilidad, pues la historiografía se había concentrado más en los *yoemem*. En la exposición de Radding, una buena parte está destinada a confrontar la cosmovisión indígena del espacio con la de los españoles, para los cuales no es más que una fuente de enriquecimiento individual. Esta temática, como casi todo el libro, conduce a la reflexión sobre la importancia de la investigación interdisciplinaria, especialmente entre la historia y la antropología, para la investigación de las sociedades indígenas.

Un último aspecto al que me referiré es el espacio de estudio, el cual era lugar de residencia de sociedades que desde tiempos prehispánicos compartían ciertas características: una lengua común, agricultura de inundación en los márgenes de los ríos, actividades de caza, recolección y pesca, asentamientos

dispersos, tipo ranchería, sin centralización política ni estratificación social, viviendas de carrizo, ramas y lodo, aptas para enfrentar el cambio de lugar ante posibles inundaciones. En el caso *yoreme*, también se construían casas de terrado en la zona serrana. Este espacio lo presenta la autora como un corredor por donde circulaban personas, bienes suntuarios y rituales mágico-religiosos entre Aztatlán, frontera de la Mesoamérica húmeda y agrícola, y los poblados Hohokam del río Gila, en el desierto de Sonora. La idea de territorios interconectados es importante para dejar de verlos aislados, separados unos de otros, y a sus sociedades desarrollándose encerradas en el ámbito local.

Este ejercicio de regionalización, basado en características físicas y culturales, es llevado al periodo colonial, agregando la dimensión político-administrativa de las provincias de Sinaloa y Ostimuri. Me parece pertinente analizar la construcción de esta región, porque permite reconocer el actuar de las sociedades indígenas de la misma como un fenómeno integrado, pero que ha sido visto por separado atendiendo divisiones convencionales como la división entre los estados de Sonora y Sinaloa. Igualmente, están las divisiones formales de los grupos indígenas, que presentan por separado a *yoemem* y *yoremem*, sin darle peso a situaciones que muestran sus múltiples relaciones. El espacio construido por Cynthia le permite mostrar a la rebelión de 1739-1741 como un fenómeno que involucró a toda la región, tanto a *yoemem* como *yoremem*, incluyendo en estos últimos a los denominados en la época como fuerteños, en alusión a su residencia en el río Fuerte. Es de mencionar que esta unidad también se observó en el levantamiento del *yoeme* Juan Ignacio Jusacamea, La Bandera, en 1826-27. El libro da para mencionar muchos temas más, pero espero que los mencionados motiven a leerlo.